

Universidad Nacional de Rosario

Facultad de Psicología



TRABAJO INTEGRADOR FINAL

Psicoanálisis, una acción política

Modalidad de presentación: Ensayo

Autor: Lautaro Flores

Legajo: F-1328/5

Docente responsable: Roberto Cabrera Morales

AÑO 2020

Dedicatorias y agradecimientos

He luchado tanto contra mí, contra el viaje de las bestias, he luchado tanto por vivir, he peleado solo, para estar en casa. No es quien se va... Es quien vuelve... No es quien llora... Es quien crece...

Facundo Fontana, Cantautor Rosarino. (2015)

Sin dudas, esta es la parte más difícil de concluir algo, no solo por el duelo que implica, sino porque cuando agradezco de corazón, sin caer en la mera formalidad, me es inevitable recapitular y hacer contacto con las vivencias más profundas y significativas que me acompañaron en este camino.

Cuando terminé la secundaria, mi abuelo Romulo me escribió una carta, he aquí un fragmento de la misma: *“Dejaste de ser un niño y convertido en hombre miras desafiante el futuro que se te avecina, no tenemos dudas de que será el que soñaste...”*

Un agradecimiento muy especial para él, que ya no camina este mundo, pero vive en la fe que tenía en mí y sólo yo sé, en lo más profundo, el empuje que me brindó el hecho de leer su carta cada vez que lo necesite.

A mis mapadres, término utilizado hoy en día, que me sirve para rescatar el concepto de mapa existente en la palabra, ya que de algún modo trazaron un mapa, un camino que nunca dejaron librado a mi suerte, sino que estuvieron ahí para que yo pueda caminarlo, en cada momento que los necesité, en cada ocasión que perdí el mapa ellos pudieron hacerlo presente a la luz de mis ojos. Juan José y Patricia, Patricia y Juan José, mis pilares, que con su amor incondicional supieron soltarme...

A mi hija Libertad, que es la persona que más amo en este mundo y me dio el principal título que podría tener. Ser su padre es lo más hermoso que me pasó en este camino.

A Julieta, la mama de mi hija, quien supo acompañarme en el último trayecto de mi carrera, aguantando cada una de las últimas batallas que viví en mi etapa como estudiante.

A mi abuela Negra, por su amor infinito y sus velas.

A mi hermano/amigo Gonzalo, a quien amo profundamente y es el mejor hermano que alguien podría tener.

A mis amigos/hermanos en general, de la vida, de la música, de la incondicionalidad, quienes me conocen como nadie y fueron pilares fundamentales en este recorrido. En especial a los Armstrong Brother's, la familia que elegí, sin ellos el color de mi vida no sería el mismo.

A la familia que me tocó, tías, tíos, primas y primos, porque siempre me hicieron saber que podía contar con cada uno de ellos.

A los compañeros y compañeras de militancia que tuve a lo largo de estos años, tanto estudiantes como docentes, con quienes aportamos lo que pudimos para transformar la facultad y la universidad y en ese camino aprendí más de lo que podría haber imaginado.

A mi guitarra y a la música, por su magia y por estar cada vez que necesite conectarme conmigo; al Facu y al Toto por inspirarme y alentarme en cada una de mis armonías.

A mi primo y hermano Hernán, por estar siempre y alojarme cuando emprendí los primeros pasos de esta aventura, al piso 19 que jamás olvidaré.

A mi director de tesis, Roberto, por sus enseñanzas a la hora de escribir este ensayo y por su acompañamiento afectivo, su compromiso y sinceridad.

ÍNDICE

Agradecimientos	y
dedicatorias.....	
....2	Palabras claves
.....	
.....3	
Índice.....	
.....4	
Introducción.....	
.....5	<u>Episodio 1:</u> La estrofa de la historia está hecha de
restos de historias.....7	<u>Episodio 2:</u> Los dueños del
martillo.....10	
<u>Episodio 3:</u> la intención de la	
neutralidad.....13	<u>Episodio</u>
<u>4:</u> ¿la constancia y el cambio o la constancia del cambio?.....15	
Conclusión.....	
.....18	
Bibliografía.....	
.....19	

Introducción

Siempre me he interesado por la relación entre la teoría y la práctica. He reflexionado sobre esta cuestión en más de una oportunidad, principalmente por las diversas experiencias que vivencíé, de manera temprana, en el camino que transité en la Facultad de Psicología. Pude vislumbrar una suerte de brecha, un muro invisible, entre el territorio y el aula. Mis experiencias en el barrio que circunda la Facultad comenzaron durante el segundo año de la carrera; luego, a medida que pasaron los años, distintos viajes autogestionados y organizados por estudiantes a territorios en donde la universidad no llega, fortalecieron ese muro invisible. A partir de debates colectivos y reflexiones individuales me fue inevitable pensar en el carácter político de ese muro.

Se me hacía difícil distinguir si la academia seguía ciertos patrones rígidos e ingenuos o si existía una solapada intencionalidad. A medida que avancé en mis estudios curriculares las preguntas se fueron ampliando en torno a la intencionalidad y el carácter político de las teorías; luego, ya en una etapa más madura de mi recorrido, surgieron preguntas acerca del carácter ideológico y político de la transmisión de los saberes en la facultad.

Para poder desplegar estos interrogantes durante este escrito he optado por utilizar el modo de escritura ensayística. Esto me permite indagar desde el punto de vista del ensayo mismo. En este género científico-literario “se da una especie de mediación y encuentro entre las

experiencias e interpretaciones que pone en juego una relación participativa del autor con el lector, con el lenguaje y con el mundo” (Weinberg, 2012: 1).

Este Trabajo Integrador Final (TIF) se organiza en una estructura de 4 episodios. El término episodio proviene de la tragedia y a groso modo podemos decir que es un corte en la deriva de la trama. “Su origen dramático refiere a un hecho separable de un conjunto, de un entero que presenta cierta unidad de sentido... sugiere también una parte extraíble de un relato que sólo es concebible si uno supone su unidad...” (Oliva Á. 2013. Pag 2).

En el primer episodio *-La estrofa de la historia está hecha por restos de historias-*, me vi ante la profunda necesidad de poner de manifiesto algunos de los acontecimientos de mi vida, previos al ingreso a la facultad, pertinentes a la temática de este ensayo. Estoy convencido de que me hubiera resultado imposible comenzar a escribir por otro lugar que no sea dar cuenta de lo que me implica subjetivamente. De lo contrario, cometería el error de desapasionarme, de quitarle corazón. Mi elección de ensayar sobre el psicoanálisis y su relación con la política no podría ser sin pasión, sin los encuentros y los desencuentros de las múltiples historias.

El segundo episodio, *-Los dueños del martillo-*, persigue dos finalidades, por un lado, el intento de aclarar un concepto central: la caracterización de una metáfora a la cual llamé *los dueños de todo*, con el fin de poder dar cuenta de mi posición sobre la concepción de la política. Por otro lado, a través de la *Metáfora del Martillo* pretendo generar una lectura crítica sobre lo que considero que es una falsa dicotomía.

En el episodio número tres, *-La intención de la Neutralidad-*, retomo algunas experiencias y conceptualizaciones que grafican el carácter político e ideológico que guían el rumbo de la práctica psicoanalítica, poniendo el foco en la dilemática neutralidad.

El episodio final, *-¿La constancia y el cambio o la constancia del cambio?-*, pretendo poner de manifiesto la existencia de diferentes matrices ideológicas y políticas dentro del psicoanálisis. Para ello focalicé en cuestiones centrales como lo son el contexto social y la época. También en este episodio introduzco un debate, que quedará abierto, en relación a la historia y la formación psicoanalítica de la facultad.

5

Por último, y a modo de conclusión, busco pensar al psicoanálisis como una acción política. Quedan preguntas y caminos abiertos para futuras investigaciones, y quizás inconscientemente ese haya sido uno de los objetivos del ensayo: abrir preguntas en base al psicoanálisis como una acción política tal vez sea una manera de construir una brújula nueva, que porte como principal virtud la no rigidez de sus puntos cardinales.

Episodio 1: La estrofa de la historia está hecha de restos de historias

Para transmitir el motivo principal que me inspira a escribir este ensayo me veo en la necesidad de comenzar a relatar fragmentos de mi experiencia en la elección y el recorrido de la

Carrera de Psicología. Esto toca, particularmente, la forma que adquiere, hoy en día, mi relación con la teoría psicoanalítica-. Cuando comencé mis estudios en la Facultad de Psicología de la UNR mis ideas acerca de la Psicología, y del Psicoanálisis en particular, eran totalmente distintas a las que tengo hoy. Quizá sea inevitable, y saludable, que los procesos experienciales nos dejen en lugares diferentes a los del comienzo. De acuerdo a esto, la participación en la vida y en la política universitaria ha gestado en mí, por un parte, algunas herramientas teóricas, y por otra, ha producido un aluvión de preguntas que se empeñan en arrasar con las más sólidas certezas. En este sentido entiendo que urge abrir un debate en el seno de la transmisión del psicoanálisis en la universidad en cuanto a su relación con la política ya la posición ideológica.

Mi interés por la psicología se remonta a mi infancia y en particular a mi adolescencia, cuando cursaba la escuela secundaria en una ciudad no muy lejana a Rosario. Mi padre, egresado de la Facultad de Psicología de Rosario, se refería, frecuente y despectivamente, a los lacanianos como a una secta; solía decir que los psicoanalistas eran una suerte de *extraterrestres* alejados de la realidad. Mi madre, por su parte, se formó en psicología social e la Escuela Rosarina Dr. Enrique Pichón Rivière; viajaba semanalmente y los fines de semana se juntaban en nuestra casa en grupos de estudios. A pesar de no comprender muchos de los términos que circulaban en las conversaciones mi interés se no solo se mantuvo, sino que generó una curiosidad creciente.

La psicología social creada por Pichón Rivière implicaba para mi madre un posicionamiento ético-político que se dejaba trasuntar en sus decisiones. A modo de ejemplo el siguiente episodio: allá por el año 2000, después de un almuerzo nos dijo, a mi hermano y a mí, que nos quedemos un rato más en la mesa. –Me ofrecieron trabajar como psicóloga social en la empresa (dijo, con un tono pausado) quieren que siga haciendo lo que hago y aparte que tome esta nueva función-. -Esto implicaría un aumento considerable de mi sueldo (prosiguió) pero también implicaría hacer algo que no quiero hacer porque no estoy de acuerdo-. Nos miramos mi hermano y yo perplejos; si bien la situación económica familiar no era mala, un aumento de sueldo nos hubiese permitido un mejor pasar. Había algo allí que no alcanzábamos a entender de su decisión. –Si yo acepto ese trabajo me estaría vendiendo (sentenció), estaría siendo contradictoria con mi ideología; lo que me proponen es todo lo contrario a lo pienso-. Nuestras preguntas iban en aumento y las explicaciones no nos eran suficientes. –Tendría que trabajar en la vereda de los dueños (dijo finalmente), quieren que los empleados trabajen contentos y no se quejen-. No sé cuánto tiempo pasó hasta que entendí, y también hice carne, los motivos de una tal decisión. La enseñanza que nos dejó implicaba un posicionamiento ideológico político ante un saber determinado.

Una pintura hogareña de esos días de mi adolescencia, que tuvo las más hondas repercusiones, es la siguiente imagen: arriba de la mesa siempre estaba el libro de Vicente Zito Lema *Conversaciones con Enrique Pichón-Rivière sobre el arte y la locura*. Era una suerte de invitación a un dialogo diferido, a un encuentro con restos de historias que seguían pendientes. Un libro siempre dispuesto a cobijar mis preguntas y un puente también que conectaba con mi madre. Un tema tan recurrente como inexpugnable, para mí en ese entonces, era la ruptura con el psicoanálisis, me encontraba en medio de un debate cuyos orígenes se me escapaban por mucho; por su parte la concepción de un sujeto activo como aquel que se transforma al mismo tiempo que transforma la realidad concreta me permitía atisbar las razones que llevaron a mi madre a rechazar ese ofrecimiento laboral. Una mención aparte merece la palabra dialéctica. Escuchada por mí en infinidad de ocasiones parecía provenir de mágicos conjuros; su sonoridad, a veces cristalina, a veces gutural, parecía iluminar casi todos los rincones.

Por su parte, mi padre trabajaba mucho con niños, con cajas de juguetes, test y otros tipos de técnicas. También se abocaba, como se decía en aquel entonces, a la problemática de *adicciones*. No hablábamos sobre algún autor o teoría en particular, aunque con frecuencia

manifestaba su repudio a lo que llamaba *secta Lacaniana*. Así que por una especie de idealización a Pichón como también por el discurso de mi Papá, al cual yo consideraba un psicólogo experimentado, podría decirse que en esos años previos a la universidad construí en mí una gran variedad de prejuicios acerca del psicoanálisis.

Entonces, cuando ingresé a la Facultad de Psicología, para bien o para mal, tenía un mínimo conocimiento sobre generalidades de la teoría de Pichón-Rivière, y sin siquiera saberlo, ya estaba enredado en añosas batallas por los sentidos.

De esta forma, con esa base, con esos preconceptos y prejuicios recorrí gran parte de la carrera. Pero el camino me deparó otros encuentros y otras voces también acompañaron la noche. Por un lado, me mantuve escéptico y por otro seguí en una búsqueda; escéptico en torno al carácter elitista y sectario que percibí sobre el psicoanálisis en la Facultad y al mismo tiempo buscando perspectivas vinculadas a un horizonte de cambio social. La idea de que la psicología podía aportar al cambio social mantuvo su fuerza; “En un proceso de liberación, la lucha por la salud no es solo la lucha contra la enfermedad, sino contra los factores que la generan y la refuerzan”, (Zito Lema, 2013:86). Esta frase sin duda generó un efecto en mí, como una especie de brújula me condujo a la militancia universitaria pero lo que encontraba allí no podía reencontrarlo en la formación estrictamente curricular de la carrera. Parecía que solo la psicología social Pichoniana era el camino posible.

Ahora bien, esta tensión, que me movilizó mucho tiempo, entre el escepticismo con respecto al psicoanálisis y algún horizonte posible poco a poco encontró lugares de anclaje donde algunos prejuicios comenzaron a resquebrajarse. Por citar algunos ejemplos, que si bien son sustantivos en modo alguno son exhaustivos: la obra de Silva Bleichmar, el trabajo de Diana Kornon y Lucila Edelman, por un lado; cuando me sorprendí al encontrar la potencia que tiene el psicoanálisis en el campo de la educación al cursar la Cátedra *Intervenciones en niñez y adolescencia*. El psicoanálisis se fue abriendo camino como un modo de abordaje emancipador.

Fue entonces cuando entendí que el posicionamiento político e ideológico desde el cual un determinado autor o autora se posiciona es fundamental para el desarrollo de diferentes lecturas y prácticas psicoanalíticas. En una época profundamente injusta, donde las reglas del juego están diagramadas por un puñado de personas que se rigen por las lógicas del mercado y su único fin es la acumulación de riqueza, la práctica clínica –en sentido amplio– se abría camino y reclamaba una revisión de anquilosadas posturas teorías.

Las formas de acumulación del capitalismo actual han llevado a extremos inimaginables la concentración de la riqueza, esto produce un desborde en general, y psicológico en particular, de cientos de miles de personas que viven ahogándose en la desesperación día a día. Las dificultades para cubrir las necesidades básicas se han multiplicado; las expectativas impuestas por los medios de comunicación y redes sociales generan un obscuro escenario donde algunos disfrutan y otros son solo espectadores. El mercadeo profundiza la discriminación tanto como la explotación de personas; esto se suma a las cientos de miles de muertes evitables producto del hambre, la falta de acceso a los sistemas de salud y las guerras por el control de recursos naturales y estratégicos. En ese campo de batalla asistimos al intento de instalarla falaz idea de la meritocracia como presupuesto ideológico a todo posible ascenso social. Por otra parte, vemos germinar posturas de intolerancia organizadas que pretenden cooptar el imaginario social; la gestión del odio como elemento central de una forma de la política pareciera que es la marca de nuestra época.

otro saber, no están exentas de su relación con el poder; su genealogía disciplinar nos pone de lleno en la diada saber-poder (Foucault, 2015). Aquí se abren, por lo menos, dos posibilidades: o el psicoanálisis puede ser un método clínico –al mejor estilo profesión liberal- concebido sólo como una forma de percibir un ingreso de dinero, o bien puede ser una herramienta de emancipación, un aporte a la cultura, una contribución fructífera a un cambio social necesario.

La cuestión así planteada tendrá sus consecuencias en tanto se tengan en cuenta las condiciones materiales de existencia; lo que Freud introduce en su segunda tópica como realidad –es sugestivo que allí la realidad sea una instancia psíquica-. Otro tanto nos dice en *La pérdida de realidad en neurosis y psicosis*: la actitud saludable se encuentra a medio camino entre psicosis y neurosis, no se trataría de negar la realidad sino de transformarla (Freud, 1986). En este sentido creo que un mismo cuerpo teórico puede sostener prácticas muy diferentes siempre y cuando la teoría cobre vida en una práctica concreta; donde la herramienta conceptual tenga la suficiente versatilidad para encontrar sus potencias y sus límites. Entiendo que el origen de esa posibilidad es sin duda político e ideológica, es una cuestión de posicionamiento.

En el psicoanálisis confluyen –para mí- por un lado la potencialidad teórica, en tanto incluye a un sujeto sexuado y deseante, y por otro lado las vicisitudes históricas de mi facultad, de mi país. Historias fragmentadas, retaceadas, desgarradas.

A los fines de este ensayo y para poder situar líneas generales de potencialidades –a riesgo de extraviarme en la multivocidad del término- he optado por una conceptualización lo más laxa posible de política. Pretendo, entonces, cernir este amplio concepto en tanto que recurso, porque como tal se ve acosado, atacado constantemente, en un intento de desterrarlo al olvido. La política es un campo... de batalla; es la continuación de la guerra por otros medios (Foucault. 2000).

Esto me permite subsumir, sin que pierdan su especificidad, una serie de categorías conceptuales pero también una variedad de usos coloquiales: clases dominantes, dueños de los medios de producción, los que explotan a ciertos países -ricos en recursos humanos y naturales-, los grandes Oficiales Ejecutivos en Jefe (CEOs por sus siglas en inglés) que controlan el capital financiero, los que son en esencia empresarios, más allá del rol que ocupen en una sociedad determinada -políticos, evangelistas, militares, civiles, etc.-. A todo este conglomerado, a ellos y a ellas, a lo largo de este ensayo los nombraré, metafóricamente: *los dueños de todo*.

Para poder explicarlo mejor me resulta práctico argumentar desde la visión que tienen *los dueños de todo* sobre este recurso.

Los dueños de todo, no odian a los políticos, sino que odian a la política. Sus acciones tienden a instalar premisas fundamentales, jamás explícitas –naturalizadas-; por ejemplo: el dinero es poder y el poder es lo único que importa, o: no todas las vidas valen lo mismo. Nos encontramos con un intento constante por parte de *los dueños de todo* para que se olvide que han permanecido las condiciones –relaciones de fuerza- una vez que se terminó la batalla, que existen vencedores y vencidos, dominadores y dominados. *Los dueños de todo* pretenden que en la paz no continúa la desigualdad de la guerra. ¡Quieren ante todo la paz! Pero si la paz no les conviene entonces echan mano a otros recursos: arman y desarman guerras, planifican y efectúan golpes de estado, contaminan y explotan el planeta como también explotan y destruyen cuerpos.

Si observamos la historia, en nuestra cultura, siempre *los dueños de todo*, de alguna manera controlaron, o intentaron controlar, las reglas de juego de la sociedad; desde las formas jurídicas y el ordenamiento económico –la producción, las leyes- hasta los modos de pensar –las ideas, las costumbres-. Conducir las almas, los deseos, los goces, es una empresa que las distintas formaciones históricas se han procurado siempre en detrimento de las mayorías.

Sin importar las plasmaciones históricas, sutiles o groseras, siempre es posible encontrar un fondo de sometimiento de las grandes mayorías A través de la historia, desde la esclavitud hasta las nuevas formas de trabajo asalariado, desde la herencia por sangre real hasta la herencia por sangre de quien haya concentrado grandes capitales, *los dueños de todo* se reinventan y perduran.

No obstante, esto y como contrapartida, los que padecen siempre han procurado, mediante la organización, resistir a la total anulación de sus voces. Las tácticas y estrategias de la resistencia siempre han conocido formas creativas y colectivas que favorezcan a las mayorías.

Lo que me interesa destacar en este punto, es que esta minoría que acumula la mayoría de la riqueza y el poder en el mundo, odia la política, la odian porque la política, en todas sus formas, es el recurso que hace que una sociedad no pueda ser controlada directa y absolutamente por *los dueños de todo*.

A esta altura es una obviedad que *los dueños de todo* son también los que controlan los grandes medios de comunicación, imponen agendas a los gobiernos, instalan formas de sentir y

de pensar. Es claramente allí donde se juega, hoy en día, la lucha por las significaciones y es desde allí que las subjetividades están siendo configuradas con mayor incidencia. Sus intereses se sitúan en las antípodas del derecho a la información. En ese sentido odian también al periodismo de verdad, aunque la lógica mercantilista les permite comprar sus propios mercenarios mediáticos. Otro tanto sucedió con muchos políticos que formaron, y forman, parte de un ejército de cipayos.

Cuando los dueños de todo se pelean entre ellos hay un reflejo en las peleas en el poder político. Por su parte, cuando se amigan y se reparten el banquete, es posible ver un clima diferente. Por eso los políticos títeres les son funcionales. En cambio, la política en sí, como recurso y práctica colectiva, les resulta incómoda. Se sienten amenazados en sus privilegios, es por eso que fomentan el odio a la política. Y no nos confundamos, coyunturalmente pueden impartir su odio o su amor hacia algún político que represente a una mayoría, pero la política como práctica siempre será su enemiga, porque es un recurso fundamental y una herramienta que tienen las mayorías para equilibrar un poco la balanza.

Es llamativo, por su parte, como grandes grupos sociales, sin pertenecer ni usufructuar los beneficios de *los dueños de todo* lleguen a identificarse con ellos, idolatrándolos, defendiéndolos, poniendo el cuerpo por ellos, odiando desde el odio de ellos. ¿Cómo no van a resurgir las preguntas acerca de la servidumbre voluntaria? Pero además ¿Qué aporte puede hacer el psicoanálisis ante semejante fenómeno? ¿Es posible que *los dueños de todo* sean también dueños de la subjetividad de cientos de miles?... Es ahí en donde pienso, en los tiempos que corren, acerca de la importancia del psicoanálisis y su relación con la política. La teoría psicoanalítica es, a mi entender, la que más profundiza y aborda el terreno de la subjetividad y, en este sentido, tiene la potencialidad para abrir nuevas posibilidades, pero también para cerrarlas. Se me hace indudable que cualquiera de estas dos alternativas tiene que ver con una acción política.

Existen debates muy acalorados en el campo de la epistemología, sobre la neutralidad o no de la ciencia, sobre los fines que persigue una teoría, si la misma es generada por el saber mismo o por sus resultados prácticos en un determinado campo de acción. Por ejemplo, el matemático y filósofo Gregorio Klimovsky es un acérrimo defensor del modelo de *la ciencia martillo*. Este modelo, en términos generales, plantea que la ciencia es como un martillo, que en sí misma es neutral y que su finalidad depende de quién la utilice. Un martillo puede ser utilizado para construir una casa como también para matar a alguien, puede ser utilizado para hacer el bien o para hacer el mal. Por otro lado, el filósofo Enrique Marí, también abocado al campo de la epistemología, tiene una visión totalmente opuesta a ese modelo de ciencia, este autor nos invita a pensar en una cierta imposibilidad de neutralidad en la ciencia. Marí es muy crítico del modelo de *ciencia martillo* ya que entiende que en cualquier desarrollo teórico y metodológico se persiguen distintas finalidades. El científico no puede ser ajeno a las finalidades y, mucho menos, no estar atravesado por una determinada ideología que pueda conducir a tener presentes o completamente ausentes ciertos principios y criterios éticos.

En primer lugar, me resulta importante aclarar que no es mi intención entrar en un debate epistemológico referido a la cientificidad del psicoanálisis. No es el motivo de este ensayo, pero encontré oportuno comentar brevemente esta cuestión que se da en el terreno de la ciencia con el fin de poder hacer una buena interpretación de la idea central de este ensayo. Así fue plasmado en la afirmación que expuse más arriba: **lo que moviliza a la práctica psicoanalítica, así como también los nuevos aportes para su desarrollo conceptual está estrechamente ligado con un determinado posicionamiento político e ideológico.**

Entiendo que dicha afirmación puede ser interpretada, en principio y seguramente, de dos maneras erróneas: una interpretación podría serla del psicoanálisis como un martillo, ósea, que es en sí un cuerpo teórico neutral y su práctica depende de la posición política e ideológica de

quien lo ejerza –o que desarrolle nuevas lecturas y conceptos-; y la otra, que existen diferentes tipos de psicoanálisis; por ejemplo: un psicoanálisis de izquierda, otro de centro y otro de derecha.

Entiendo que el psicoanálisis es una construcción teórica y práctica que nada tiene de neutral, que está cargado de intencionalidad. Basta con mirar la historia, con ver sus orígenes, con tener una idea de la época victoriana que le vio nacer, el rol de la iglesia y la psiquiatría por aquel entonces. En este sentido coincido con lo planteado por Enrique Marí: que es falaz la idea de producir una teoría por el saber mismo (1991). Freud era consciente sobre la irrupción que estaba generando, no sólo en el campo académico y médico clínico, sino que la cultura y el pensamiento no fueron los mismos a partir de la invención del psicoanálisis.

Ahora bien, está claro: el psicoanálisis no es un martillo; pero entonces, ¿podemos hablar de un psicoanálisis de izquierda, de centro o de derecha?

Si tomamos el cuerpo conceptual del psicoanálisis, si identificamos el carácter complejo que tienen los conceptos analíticos, y los comparamos con las posiciones actuales más radicalizadas de las neurociencias, como suele hacerse en el ámbito académico, serían innegables sus contrastes. Concebir al ser humano reduciéndolo a la perspectiva biologizante y reduccionista de su cerebro -que sólo podrá resolver su padecer mediante la tan lucrativa industria farmacológica- se da de bruces con la perspectiva que rescátala singularidad de un sujeto deseante -que atravesado por la cultura afronta su padecer mediante la palabra y la realización simbólica-.

Sin duda muchos dirán, desde esta visión acotada y totalizante, que el avance de las neurociencias atrasa y que responden a una ideología neoliberal y de derecha. Por su parte, y en la misma línea, el psicoanálisis vendría a oficiar como una suerte de resistencia ante este avance y por lo tanto el mismo responde a una ideología progresista y de izquierda.

He aquí un punto central en este ensayo, ya que mi intención es no caer en la simplificación de las dicotomías y mucho menos en posiciones totalizantes. No se trataría de demonizar ni desacralizaría que a mi entender hay mucho para decir sobre la complejidad del ser humano—además del apronte interdisciplinario imprescindible para problemáticas complejas—. Asimismo, estas falsas dicotomías nos harían entrar en otro debate. No obstante, no puedo dejar de decir que la posición política e ideológica de los impulsores de las neurociencias está mucho más clara que en el psicoanálisis. Esto se concilia, en principio, con el hecho de que los intereses de una gran parte de *los dueños de todo* están directamente ligados a la industria neuro farmacológica.

Ahora bien, si el psicoanálisis puede ser un avance frente a las neurociencias -avance en términos políticos, avance en cuanto a recurso- ¿qué pasa cuando el psicoanálisis se queda sólo en el diván? En ese sentido, la perspectiva de las neurociencias no está solo en el consultorio, es también una forma de pensar inculcada en nuestra sociedad, es una concepción del sujeto que responde a lógicas del mercado.

¿Se involucrará el psicoanálisis en lo que considero una batalla por el sentido?

Episodio 3: la intención de la neutralidad

Existen algunos aspectos que grafican las diferentes posiciones dentro del psicoanálisis, entre aquellos y aquellas que sostienen una práctica dogmática y funcional a *los dueños de todo* y los y las que se implican y no miran para otro lado a la hora de indagar sobre la complejidad de lo subjetivo y los nuevos desafíos de la actualidad. En este punto tomaré como aspecto central la idea de neutralidad.

Jorge Alemán en una de sus publicaciones titulada “MALESTAR EN LA CIVILIZACIÓN. Diferencia entre sujeto y subjetividad” nos dice:

Históricamente ya desde Freud, el psicoanalista era escéptico con respecto a la política. Había entendido que en el sujeto hay una fractura incurable, una división incurable, un real fuera de sentido, y que el único acto subversivo en la cura analítica, es que, con respecto a los hechos políticos, hay que mantenerse o bien en el escepticismo, protegiendo la distancia mínima con los significantes amos que son necesarios para sostener el orden del mundo, o en un cierto cinismo lúcido que dice: todos estos significantes amos no son más que semblantes, valen lo que valen, pero sin ellos no podemos vivir. Esta ha sido la posición que siempre he conocido en el psicoanálisis. Una cierta neutralidad que se traduce en términos de: “estos significantes son semblantes, este es el significativo amo, nunca va a haber otra cosa que esto, querer mover esto lleva a lo peor, si quieres una transformación radical eso va a terminar de una manera nefasta.

Primero quiero aclarar que problematizar la cuestión de la neutralidad en relación a los fines clínicos de la misma nos haría entrar en un falso debate y tampoco me resulta pertinente indagar sobre ese punto ya que no estamos hablando de la neutralidad en la relación analítica, ese no es el objetivo de este ensayo.

Estamos hablando de la neutralidad del psicoanálisis respecto a los fenómenos sociales de la actualidad lo cual no lo transforma en neutral con respecto a la política, como expuse anteriormente, el psicoanálisis no es un martillo, sino que esa neutralidad lo convierte en funcional al orden establecido. Por lo tanto, esta reflexión del autor me resulta más que esclarecedora en relación al ejercicio de muchos y muchas psicoanalistas que ejercen y conceptualizan desde el escepticismo y la neutralidad, ya que pone de manifiesto que están claramente políticamente e ideológicamente posicionados. Creo que lo más peligroso de esta idea tiene que ver con una limitación que se nos plantea, con recortar nuestro campo de acción, con el problema de abandonar a muchos colectivos sociales postergados negándoles una herramienta que les puede ser útil.

Por otro lado, nos encontramos con muchos ejemplos que contrarrestan esta idea de neutralidad, desde otro posicionamiento, uno más vinculado a la idea de implicancia, de aporte al cuerpo social. Me voy a detener en algunos con el fin de graficar las consecuencias prácticas.

Nancy Caro Hollander en su libro *Amor en tiempos de odio. Psicología de la liberación en América latina*, relata una serie de sucesos históricos que tuvieron lugar en nuestro país relacionados con el proceso que llevaron adelante un grupo de Psicoanalistas vinculados con las causas populares de aquel entonces, en su primer capítulo. Hablando sobre los comienzos de la

década del '70 hace referencia a un breve período de libertad de expresión que se dio a conocer como “la primavera eufórica” en donde la autora nos comparte una historia sobre Juan Carlos Volnovich y nos narra:

Juan Carlos junto con un grupo de psicoanalistas y psicólogos progresistas participó de varios proyectos en comunidades de base, con el fin de acercar el psicoanálisis a las clases populares y que tanto él como sus colegas escribieron artículos en que analizaban la dinámica de la sociedad

13

autoritaria y postulaban vías para la comprensión de la relación entre la opresión resultante del vínculo de clase y el dolor psíquico (Hollander, 2000: 6).

También está el ejemplo de la psicoanalista Diana Kordon quien fue coordinadora del equipo de asistencia psicológica de las Madres de plaza de mayo desde el año 1979 hasta la década de los 90, acompañando a las Madres desde sus primeras rondas. Diana trabajó con ellas desde el cuerpo teórico psicoanalítico, demostrando que es posible aplicar el psicoanálisis en grupos.

En ambos ejemplos mencionados se pone de manifiesto dos cosas: por un lado, que sus prácticas están guiadas por su posición política e ideológica y por el otro la potencialidad que tiene el psicoanálisis como herramienta para un cambio social necesario. En el libro de Nancy Caro Hollander hay un recorrido muy interesante sobre el rol del psicoanálisis en Argentina, sobre todo en sus comienzos, en una época muy agitada, donde sin duda el psicoanálisis demostró su potencialidad tanto en la clínica como su acción política. Como ya dije, hay muchos ejemplos, pero todos irían en el mismo sentido y me parece que los arriba mencionados grafican de buen modo lo que deseo plantear aquí.

Episodio 4: ¿la constancia y el cambio o la constancia del cambio?

Un acontecimiento que tuvo varias repercusiones al interior de la comunidad analítica de la Ciudad de Rosario fueron las Jornadas: *Historia, contexto y actualidad en el campo psi. Jornadas por la memoria* realizadas en 2006 y organizadas por la Revista EL CAMPO Psi. Las jornadas contaban con la presencia de una gran cantidad de exponentes del psicoanálisis, local y nacional. Estuvieron presentes, entre otros, Alberto Ascolani, Juan Carlos Volnovich, Eduardo Tato Pavlovsky; también fueron unas de las últimas presentaciones de Fernando Ulloa y Silvia Bleichmar. Este encuentro fue uno de los más importantes para la historia del psicoanálisis de Rosario de los últimos años, solo comparable con los Congresos Internacionales de Psicoanálisis que organizó la facultad de Psicología en 2016 y 2018.

Una de las ponencias controvertidas, y que me interesa retomar en la lógica episódica de este ensayo, es la de Carlos Kuri –docente titular de la Facultad de Psicología de Rosario-. En su presentación plantea, en primer término, su irritación frente a la palabra actualidad. En ese sentido, prosigue, tiene ciertos anticuerpos en relación a la actualidad porque en los Congresos de

Psicología constantemente se recurre a ese término. Luego, a mi entender, llega al nudo de su ponencia al sostener que es muy difícil tener una noción de época; para él, época y subjetividad son antagónicos. Afirma que estos dos conceptos van por caminos separados; profundiza esa afirmación con una idea fuerte en donde manifiesta que el psicoanálisis conserva una ética con cierto núcleo asocial –la orientación social del psicoanálisis, asevera él, sería una forma de simplificarlo.

No obstante que las palabras son responsabilidad de quien las enuncia, en este caso el Profesor Kuri, no se trataría aquí de una situación puntual con un u otro autor sino más bien de poder captar, en una situación concreta, el flujo de una matriz histórica. En este sentido, y más allá que una revisión histórica de la creación de la Facultad de Psicología excedería en mucho este ensayo, planteo la tesis de que esa matriz histórica se trasunta en los planes de estudio, en lo referido al psicoanálisis, desde la vuelta de la democracia hasta hoy en día.

Lo que me interesa plantear, escuchando detenidamente esa ponencia, es que se pueden ver con claridad que tanto el planteo del núcleo asocial del psicoanálisis, como el de la concepción de la época separada de la subjetividad, son las dos piernas con las que caminan las cinco materias estrictamente psicoanalíticas que se dictan en la facultad. Para corroborar esto que digo solo basta con observar detenidamente sus programas. Por ejemplo, la actual materia *Psicoanálisis y Psicopatología*, que se dicta en cuarto año, en esencia mantiene el mismo programa, con mínimas modificaciones, desde hace ya 36 años. ¿Es que no sucedió nada en todo este tiempo a nivel socio-cultural –o bien a nivel de producciones teóricas- que ameritara alguna modificación al programa? ¿No merecería, al solo fin de citar un ejemplo, una revisión el hecho de concebir a la homosexualidad dentro de la unidad de perversiones? ¿No sería esto producto de pensar una subjetividad ahistórica, inmutable, estática?

Entiendo que para problematizar la cuestión de nuestra formación sería necesario elaborar otro trabajo y es por eso que solo me voy a limitar a lo expuesto hasta aquí sobre este asunto.

Dicho esto, vuelvo al punto que me convoca en este momento ya que para mí remitirse a un núcleo asocial en psicoanálisis y antagonizar a la época con la subjetividad es otra expresión de un posicionamiento político e ideológico. ¿Y esto, no sería funcional a *los dueños de todo*? ¿Esta posición no ocultaría las responsabilidades políticas de quienes generan nuestras condiciones de vida, por ejemplo el acceso a la salud, el acceso a la educación, acceder a un trabajo digno, ejercer plenamente nuestros derechos? ¿Desde ese posicionamiento se le niega la posibilidad al sujeto de

15

interpelar las injusticias sociales que lo atraviesan para poder ser protagonista de la historia –de la suya como también de la de todos- y tomar un rol activo y transformador? ¿Cuáles serían, en todo caso, los factores que se hacen carne en nuestra subjetividad, generando inhibiciones, síntomas, angustias?

En un momento Kuri también dice que vincular al psicoanálisis con la cuestión social es una forma de simplificarlo, pero también se podría pensar la idea contraria: que vincular al psicoanálisis con la cuestión social conlleva una complejidad mucho mayor. En ese sentido, desvincular es simplificar, ya que estar atentos a los fenómenos socio-históricos, políticos y culturales de una época, y sus nuevos modos de subjetivación, requiere de un trabajo que no todos están dispuestos a hacer (Bleichmar, S. 2006). La acción y la omisión son políticas e ideológicas.

Ahora bien, el plan de estudio de la Facultad de Psicología –creada a fines de 1987- es heredero del plan que se organiza en la Facultad de Humanidades y Artes, en la Carrera de

Psicología, postdictadura cívico-militar. La apertura democrática lleno de nuevos aires todos los espacios universitarios, se volvían a actualizar los deseos de una sociedad más justa, pero la reconfiguración neoliberal del capitalismo no se hizo esperar para imponer sus condiciones mundializadas –Más arriba me preguntaba, si no había pasado nada mientras un programa de estudios se mantenía invariable durante 36 años; bueno... coincide con la cantidad de vigencia del modelo neoliberal- (Lordon, 2018). Podemos decir, irónicamente ¡no pasó nada! ¡Sólo el neoliberalismo!

Pensar la época, significa, a mi entender, pensar los resortes que el neoliberalismo ha movilizado para encauzar las conductas, moldeando, modulando las subjetividades. “Actualmente, tal como lo recuerdan los estudiosos del neoliberalismo –evocando a Margaret Thatcher–, *la economía es el método, pero el objetivo es el alma*” (Alemán, J. 2016: 2). Que las variaciones en la fabricación de subjetividades han calado hondo puede pensarse como una mutación histórica a la cual asistimos. “...ya no podemos decir *está la fractura en la experiencia analítica y está el orden del discurso del amo, que es un semblante que admitimos*, porque esta fractura está desmentida, forcluída dice Lacan, por el propio discurso capitalista” (Ibidem).

Acá podemos ver que Alemán interpela a sus colegas con un claro posicionamiento político, ya que nos expone un problema de época y de alguna manera pone de manifiesto que es lo hay que combatir, no desconoce el orden social y político que impera y es por eso que lo pone en juego a la hora de producir.

En este mismo sentido es posible ubicar variaciones en la producción de síntomas que solo tienen significación si lo pensamos en un contexto epocal. El deseo inconfesable de la histérica freudiana - nos dice Silvia Bleichmar- es muy diferente a los circuitos deseantes que podemos observar hoy en día (2004). La problemática de la deuda cobra en nuestros días otras muy diferentes significaciones que las estampadas por Freud en el Hombre de las Ratas. ¿No es acaso un propósito de la lógica neoliberal –como plantea Mauricio Lazzarato- fabricar al hombre endeudado? (2013). Las deudas han enlazado a los seres humanos desde tiempos inmemoriales, ¿Pero son las mismas subjetividades las construidas a partir de las deudas de sangre, o las deudas derivadas de los intercambios de dones, o de las deudas bancarizadas?

Es claro que Bleichmar tiene una clara posición política; contextualiza plenamente, toma la dimensión socio-económica de la época y la vincula a diferentes formas en las cuales se pone de manifiesto la neurosis, y creo que aquí está el trabajo más complejo del psicoanálisis. No se trata de simplificar nada, no pasa por un regodeo teórico para que una elite psicoanalítica

determinada se pare en un pedestal. El posicionamiento de Silvia tiene que ver con ponerse al servicio de una sociedad, con producir para que algo se transforme, se ponga en movimiento.

La crisis social argentina producida en 2001 luego de los años del neoliberalismo menemista, son tenidos en cuenta en la práctica y en la pluma de Bleichmar al ubicar los efectos arrasadores que implican para la subjetividad el hecho de no proyectar un futuro: “la desocupación, la marginalidad y la cosificación a las cuales ha llevado la depredación económica son indudablemente necesarios de explorar y de ser puestos en el centro de nuestras preocupaciones cotidianas” (2004).

Pero todos estos seres humanos, sin embargo, y dentro de cierto margen de variación, tienen las mismas reglas de funcionamiento psíquico que los de los historiales clásicos: están atravesados por la represión –aun cuando algunos contenidos de lo reprimido hayan cambiado–, con una tópica que permite el funcionamiento diferenciado de sus sistemas psíquicos, tienen un super yo cuyos enunciados permiten la regulación tendiente a evitar la destrucción tanto física como psíquica, y

cuando no cumplen estas regularidades se ven expulsados de la posibilidad de dominio sobre sí mismos y en riesgo de saltar hacia modos de fractura psíquica.

Ellos invaden nuestra práctica y acosan las teorías con las cuales nos manejamos cómodamente durante gran parte del siglo pasado (ibídem).

Como podemos ver, el cuerpo teórico de la autora es el psicoanálisis. Reconoce plenamente sus premisas fundamentales, pero al mismo tiempo, se encuentra motivada a producir, desde una posición política e ideológica nuevos conceptos.

El texto de Silvia Beichmar mantiene una relativa actualidad; si bien fue escrito en 2004, luego de un largo periodo neoliberal, las condiciones sociales y económicas producidas por el Gobierno de la Alianza no son muy diferentes a las dejadas por el gobierno de la Coalición Cambiemos a fines de 2019.

Con el siguiente párrafo de este mismo artículo intentaré sintetizar la idea central sobre este punto, donde la autora dice:

Tal vez, precisamente, porque el sujeto no está en riesgo de ser desconstruido por la filosofía post metafísica del siglo XX sino por las condiciones mismas de existencia, es que la palabra subjetividad ocupa hoy un lugar tan importante en los intercambios psicoanalíticos. “Cambios en la subjetividad”, “procesos de des-subjetivación y re-subjetivación”, “subjetividad en riesgo”, “desconstrucción de la subjetividad”, son enunciados frecuentes que ponen de manifiesto la preocupación que atraviesa a todos aquellos que nos encontramos confrontados a los efectos, en el psiquismo humano, de las transformaciones operadas entre el fin del siglo XX y los comienzos del XXI (Ibídem)

Entiendo que la autora se refiere a ciertos psicoanalistas cuya posición política e ideológica los convoca a tener esta preocupación, dicho de otra manera, los y las que se ubican dentro de un psicoanálisis neutral, escéptico, asocial y niegan a la época como productora de subjetividad seguramente no compartirán la preocupación por ella planteada, creo que **esas preocupaciones son las que hacen la diferencia**, las que nos llevan a tomar un determinado posicionamiento y nos guían en la práctica.

Conclusión

En primer lugar, me interesa destacar que he tomado a algunas y algunos autores psicoanalistas en particular como casos testigo, con el fin de graficar y condensar en sus opiniones y producciones lo que para mí son matrices que se repiten en el mundo del psicoanálisis. También podría decir que estas matrices son políticas e ideológicas. No tiene que ver con la persona en sí, sino con el posicionamiento que adopta según una matriz psicoanalítica determinada. Como expuse en el desarrollo de este ensayo creo que no hay medias tintas a la hora de practicar una profesión como también a la hora de producir conocimiento, lo apolítico no existe, si así se plantea es un acto de hipocresía.

Encontré en la primera cita de la publicación de Jorge Alemán una justificación que puede ser concebida como la raíz de la neutralidad y de la apolítica en el psicoanálisis. Me resultó más que interesante, ya que ahí se pone de manifiesto, como nunca antes había leído, el carácter

político de determinadas lecturas del psicoanálisis. Como dije en diferentes episodios, y que ahora puedo exponer con mayor claridad, hay una matriz psicoanalítica que me generó mucho escepticismo, que según mi parecer es la que impera en nuestra Facultad y otra que me brindó un horizonte, que también se estudia en la Facultad, pero cuasi formalmente y sin profundizar.

Intenté graficar y poner de manifiesto estas matrices en las opiniones de Carlos Kuri ya que en sus opiniones encuentro el fundamento teórico/ideológico de las cinco cátedras psicoanalíticas de nuestra Facultad, y que son hegemónicas. En Silvia Bleichmar, Jorge Alemán, Diana Kordon, el enfoque de la cátedra de Intervenciones en niñez y adolescencia como también en la práctica profesional supervisada C, encuentro una matriz diferente, insuficientemente trabajada en nuestro Plan de estudios. En este sentido estos aportes serían un acercamiento al potencial del psicoanálisis como una herramienta para afrontar las problemáticas de actualidad.

En ambos casos considero que hay una acción política. Una, que desafía de algún modo al orden establecido por *los dueños de todo* y otra, que le es funcional. Por lo tanto, es por esto que digo que la posición política determina nuestra práctica.

En el recorrido de este ensayo aparecieron, se configuraron, otras series de interrogantes que proseguirán su curso más allá de este ensayo. Si bien tengo la sensación de lo inacabado de este escrito, de lo a veces fragmentario que pudo resultar, me parece que tal vez sea este el posicionamiento que pueda rendir sus frutos: una posición aloje las interrogaciones, que se orientan siempre con brújulas provisionarias.

Bibliografía.

- Alemán, J (2016) "Malestar en la civilización. Diferencia entre sujeto y subjetividad" <http://www.revistavirtualia.com/storage/articulos/pdf/dnnc586noArNBR76HHp4r1w6vC8dDjea8AHm4nFl.pdf>. Fecha de consulta 05/10/19.
- Bleichmar, S (2004) "La Subjetividad en Riesgo". Buenos Aires. Editorial Topía. •
- Bleichmar, S (2006) "La construcción del sujeto ético". Buenos Aires. Editorial Paidós. •
- Foucault, M (2000) "Defender la sociedad". Buenos Aires. Editorial Fondo de Cultura Económica de Argentina.

- Foucault, M (2015) “Vigilar y castigar”. Buenos Aires. Siglo Veintiuno Editores. • Hollander, N (2000) “Amor en los tiempos del odio. Psicología de la liberación en América Latina”. Rosario. Editorial Homo Sapiens.
- Kuri, C (2006). Conferencia “Historia, contexto y actualidad en el campo psi. Jornadas de la memoria” Rescatado de www.campopsi.com.ar. Fecha de consulta 05/10/19. • Marí, E (1991). “CIENCIA Y ÉTICA. El modelo de la ciencia Martillo”. España. Revista DOXA: Cuadernos de filosofía del derecho.
- Lazzarato, M (2013). “La fábrica del hombre endeudado. Ensayo sobre la condición neoliberal”. Buenos Aires. Editorial Amorrortu.
- Lordon, F (2018). “La sociedad de los afectos. Por un estructuralismo de las pasiones”. Buenos Aires. Adriana Hidalgo editora.
- Oliva, Á (2013) “La riesgosa posición de la sospecha: relevancia de los episodios”. Buenos Aires. Publicado en Campo Grupal Año XV No 153.
- Weinberg, L (2012) “El lugar del ensayo”. Mar del Plata. CELEHIS–Revista del Centro de Letras Hispanoamericanas.